

# La vela de piedra

[Poema - Texto completo.]

Juan de Dios Peza

Sacude el mar su melena  
y son las olas montañas  
que coronan refulgentes  
ricas diademas de plata.

Niega el sol su viva lumbre  
al titán que tiembla y brama,  
y el huracán, monstruo negro,  
abre sus fúnebres alas.

Todo es en el cielo sombras;  
todo es en el aire ráfagas,  
la lluvia cae a torrentes,  
el rayo doquier estalla;

cada relámpago alumbra  
un cuadro que impone y pasma  
de terror al que lo mira,  
a Dios elevando el alma.

Sobre el abismo sin fondo  
de las turbulentas aguas,  
entre las olas gigantes  
que los espacios escalan;

bajo el manto de tinieblas  
que en las regiones más altas  
corren en alas del viento  
como legión de fantasmas;

Al rumor de las centellas  
que difunde la borrasca  
y que al reventar convierten  
las nubes en rojas ascuas;

cual hoja que se sacude  
para abandonar la rama,  
a impulsos de estos ciclones  
que a los sabinos descujan,

en la líquida llanura

zozobra sin esperanzas  
ligera nave que en vano  
quiso arribar a la playa.

Sus velas poco le sirven  
y el maderamen no basta  
a resistir los embates  
de las ondas encrespadas;

sus mástiles se doblegan,  
como en el campo las cañas,  
y al hundirse en el abismo  
ninguna mano la salva.

Es la soledad desierta  
su aterradora amenaza;  
la mar su inmenso sepulcro,  
y el mudo espacio su lápida.

Los que en la nave caminan  
sus oraciones levantan  
al Ser que todo lo puede  
y le encomiendan sus almas.

Entre tantos tripulantes,  
que sobre el abismo viajan,  
van dos jóvenes que ruegan  
al cielo con unción santa.

Pareja noble y dichosa,  
que con ternura se aman  
y que tienen por tesoro  
la juventud y la gracia.

El cumplió los veinte abriles  
ella por dos no le iguala;  
él es arrogante de porte,  
ella una beldad sin tacha.

Van a buscar a sus padres  
que residen en España,  
y antes de que la tormenta  
su embarcación agitara,

llevaron más ilusiones  
risueñas, dulces y castas,  
que tiene estrellas el cielo  
y tiene arenas la playa.

Él, mirando los horrores  
siniestros de la borrasca,

entre la lluvia de rayos  
que roncans tronando espantan,

besa a su esposa la frente  
al verla derramar lágrimas,  
y señalándole el cielo  
le dice: – ¡Ten esperanza!

Dios que, al extender su mano  
refrena al punto las aguas,  
y a quien sumiso obedece  
cuanto formó su palabra,

Dios que es todo y puede todo  
es el único que salva  
al que en los grandes peligros  
su misericordia aclama.

– Pídele tú que nos salve  
de una muerte tan amarga,  
tan lejos de tantos seres  
que nos buscan y nos aman;

yo me dirijo a quien logra  
de Dios lo que nadie alcanza,  
a la “Estrella de los Mares”,  
a la Virgen sacrosanta.

Yo, cuando fui a despedirme  
de mi Virgen mejicana,  
“no me abandones, mi madre”,  
dije llorando a sus plantas.

Y ella no ha de abandonarnos,  
nos sigue con su mirada,  
arrodíllate conmigo  
y háblale con toda el alma.

Mira en el triste horizonte  
aquella nube de alza,  
figurándome en su forma  
un paisaje que me encanta,

el cerro agreste y pequeño  
entre cuyas rocas áridas  
la Virgen de Guadalupe  
se apareció en forma humana.

Y la nube se ilumina,  
la circunda roja franja  
y algo se mueve en el fondo

que parece que me llama.

-Deliras, mujer, deliras.  
-Pero mira, se destaca  
entre rayos refulgentes  
una visión que me encanta.

¡Es la Virgen de mi tierra!  
¡Mira el ángel a sus plantas  
el manto azul y estrellado  
como las noches de Anáhuac!

-Santo delirio, hija mía;  
si la Virgen nos salvara  
las velas que tiene el barco,  
y vamos que son bien anchas,  
  
como ofrenda de su templo  
por nosotros regalada  
para ejemplo de otros fieles  
yo las hiciera de plata.

Y cuando acabó aquel joven  
de decir estas palabras,  
aplacáronse las olas  
quedando la mar en calma.

Las que fueron negras nubes  
pronto se tornaron blancas  
y asomó la luna en llena  
por las estrellas cercada.

Los marineros absortos  
de maravilla tan alta  
volvieron cantos y risas,  
bendiciones y plegarias,

lo que en los tristes momentos  
de la deshecha borrasca  
fueron horribles blasfemias  
y escandalosas palabras.

La nave al fin llegó al puerto,  
la gente feliz y sana  
refirió el raro portento  
confirmándolo con lágrimas.

Y los jóvenes viajeros  
avivaron más el ansia  
de cumplir una promesa

más que solemne, sagrada.

El mástil de aquella nave  
que se dobló cual caña  
al soplo de la tormenta  
fiera y desencadenada,

lleváronselo consigo,  
y en otras horas más gratas  
trajéronlo hasta la iglesia  
de la Virgen mejicana.

Dieron al templo en limosna  
lo mismo que les costara  
fabricar cual lo ofrecieron  
rico velamen de plata.

Y aprovechando aquel mástil  
fueron con piedra labradas  
las velas que hoy nos recuerdan  
el fervor de aquellas almas.

¡Cuántos ascendiendo al templo  
que el cerro en su altura guarda,  
frente al monumento humilde  
de que mi romance trata,

no saben que es el emblema  
de una devoción sin mancha,  
de una fe que fue el tesoro  
de las edades pasadas,

y que hoy es raro encontrarse  
prestando alivio a las almas  
a quienes la duda enferma  
y el escepticismo amarga!

¡Oh, tradición, tú recoges  
sobre tus ligeras alas  
lo que la historia no dice  
ni el sabio adusto relata!

¡Toca al narrador agreste  
despojarte de tus galas  
para entretejer con ellas  
sus más vistosas guirnaldas!

Al pueblo lo que es del pueblo,  
sus venturas, sus desgracias  
y todo cuanto le atañe

en. su historia y en su patria.